

Los artículos de Manuel Azaña en la revista literaria *La Pluma*

Mirtha Laura Rigoni

Al volver de Francia en 1920, Manuel Azaña fundó en Madrid, junto con Cipriano de Rivas Cherif, la revista literaria de periodicidad mensual *La Pluma*. Contaba para entonces con una amplia experiencia, ya que desde su juventud había estado vinculado con diversas publicaciones, como *Brisas del Henares*, *Gente Vieja* y *La Avispa*. Con un grupo de amigos fundó la primera en Alcalá, en 1897, y colaboró en la segunda, que se publicó en Madrid desde fines de 1900 hasta 1903; en ellas firmaba con el seudónimo "Salvador Rodrigo".¹ Sobre los artículos de Azaña en ambas, Amancio Sabugo Abril (1991:65) señala que no son críticos, sino festivos, enfocados desde el costumbrismo y el humor, carentes de pasión política; los vincula a los que años atrás había escrito Mesonero Romanos, distanciándolos de los de Larra.²

En 1905 Azaña participó en la edición del semanario satírico alcalaíno *La Avispa*, junto con su hermano Gregorio. Luego vinieron los artículos para el periódico *La Correspondencia de España*, los escritos para *El Imparcial* y *El Liberal*, cuando visitó el frente francés en 1916, durante la Primera Guerra Mundial, y sus colaboraciones como corresponsal desde Francia hacia el fin de ese decenio para *El Fígaro*.

El escritor se hizo cargo de la dirección de *La Pluma* y más tarde, desde enero de 1923, también fue director de la revista semanal *España*, que había fundado Ortega y Gasset en 1915 y había dirigido en el último tiempo Luis Araquistáin. Mientras que en esta última se ocupó sobre todo de los acontecimientos vinculados a la escena política nacional e internacional, en la primera sus contribuciones abarcaron la crítica de libros y revistas, las noticias y comentarios sobre hechos culturales, los artículos de opinión sobre temas diversos, las escenas de tipo costumbrista y la ficción con intención satírica. En

¹ Juan Marichal (1972:36) señala que es posible observar "en este pseudónimo una fusión nominal muy del ambiente del 98: 'Pío Cid' y 'Salvador Rodrigo' podrían *a priori* parecer estar en el mismo dominio nominal. Pero creo que Azaña tendía más bien a aludir irónicamente a los autobautizos mesiánicos de algunos noventayochistas".

² Veremos más adelante que algunos artículos de Azaña de los años veinte presentan puntos coincidentes con otros escritos en el siglo anterior por Larra, considerando tanto aspectos temáticos como estilísticos.

opinión de Jesús Ferrer Solà (1991: 193), éstos son los años de la “definitiva formación de la ideología de Azaña”, cuando se produce “una perfecta definición de su silueta íntima, intelectual y social”.

Rivas y Azaña deciden terminar con *La Pluma* en junio de 1923 para dedicarse a *España*, revista que ese mismo año cerrará el Directorio Militar. Santos Juliá (2008: XV) considera que en la primera Azaña llega a la madurez literaria y en la segunda alcanza su madurez como crítico de la política, y afirma que

[...] no es extraña esta coincidencia en el tiempo porque al cabo la literatura en Azaña es siempre introspección en su yo, mientras sus incursiones en la crítica de la política y la sociedad no pueden entenderse como mero ejercicio de un analista distante, sino como tarea de alguien que, en lugar de ver la procesión desde el campanario, se mete en ella.

Si la escritura de Azaña siempre es, en gran medida, escritura de sí, podemos afirmar que los textos que publica en estos emprendimientos culturales del comienzo de la década contribuyen a delinear algunos rasgos significativos de su personalidad y sus preocupaciones en relación con lo social y lo político.

La colección completa de *La Pluma* consta de treinta y siete números.³ En ellos se publicaron textos narrativos y teatrales, ensayos, poesías, notas de actualidad, reseñas bibliográficas y otro tipo de artículos, algunos en secciones fijas. Escribieron en esta revista Pérez de Ayala, Valle-Inclán, Gómez de la Serna, Unamuno, Ricardo Baroja, Juan Ramón Jiménez, Pedro Salinas, Jorge Guillén, Antonio Machado, Alfonso Reyes, Federico García Lorca, entre otros. La crítica literaria estuvo preferentemente a cargo de los fundadores y tuvieron un lugar particular la poesía, sobre todo en los primeros números, y el teatro: en la revista se publicaron *Farsa y licencia de la reina castiza* (1920), *Los cuernos de don Friolera* (1921) y *Cara de Plata* (1922) de Valle-Inclán; así como *Fedra*, de Unamuno (1921) y el drama de Ricardo Baroja *Olimpia de Toledo* (1923). Por otra parte, en *La Pluma* Azaña publicó gran parte de *El jardín de los frailes* –que luego apareció como libro en 1927– y Pérez de Ayala, un estudio sobre Nietzsche. El número

³ Cabe mencionar que en 1980, se presentó en el Ateneo de Madrid la edición facsimilar de la primera época de la revista *La Pluma* (1920-1923), y una nueva edición que acababa de inaugurarse, con Jorge Guillén como presidente honorario y Manuel Martínez Azaña, sobrino de Manuel Azaña, como miembro del consejo de dirección.

de enero de 1923 estuvo dedicado íntegramente a Valle-Inclán, con trabajos críticos sobre su obra.⁴

La revista se presentó en su primer número como un “refugio donde la vocación literaria pueda vivir en la plenitud de su independencia, sin transigir con el ambiente” (Julia, 2008: 3)⁵; señalaba que agruparía en torno suyo a escritores que “sin constituir escuela o capilla aparte, están unidos por su hostilidad a los agentes de corrupción del gusto”. Expresaba su voluntad de romper “el silencio, astuto o bárbaro, en que la producción literaria languidece” y de ocuparse de las letras, “proscritas de casi todas partes por los empresarios”. Negaba que fuera para la minoría, “otra torre de marfil [...]”; lejos de eso, sueña con adquirir una difusión proporcional al ímpetu del que nace” y destacaba entre sus características “la sobriedad, la pureza de líneas y claridad”.

Luis S. Granjel (1966:13) aporta algunos otros datos:

La redacción y administración de la revista tenía su sede en el domicilio de Azaña. Su impresión la realizaba la “Imprenta Artística” de los hermanos Sáez.

El lema con el que encabezaron todos los números revela la condición de intelectuales de sus fundadores y es orgulloso; dice así: “La pluma es la que asegura castillos, coronas, reyes y la que sustenta las leyes”.

Juan Marichal (1972: 116-117) observa que muy pronto esta publicación se situó en el centro de la vida literaria española⁶ y comenta:

⁴ Luis S. Granjel (1966:13) señala que Azaña “quiso completar esta labor de política cultural emprendida desde la revista con la creación de una editorial; publicó en ella textos novelescos de Eduardo Marquina, Fernández Ardavin, Luis y Agustín Millares, Ramón María Tenreiro y Rivas Cherif, y en versión castellana obras de ‘Víctor Català’, Gerardo de Nerval y F. Schlegel, de Eugène Montfort y Stevenson”.

⁵ Todas las citas de los artículos publicados en *La Pluma* y en *España* que se encuentran en este trabajo pertenecen a la edición de Santos Juliá de las obras completas de Manuel Azaña (2008).

⁶ Recordemos que otras revistas literarias madrileñas se ocupan hacia esos años de difundir la estética vanguardista. Eva Valcárcel (1999: 115-125) se refiere a estas publicaciones y observa que por ejemplo *Cervantes* (1916-1919), bajo la dirección de Cansinos-Asséns, desde enero de 1919 difunde textos de los vanguardistas franceses. Allí se publica el *Manifiesto ultraísta* y se divulgan las actividades del ultraísmo español; también se difunde el expresionismo alemán y se analiza la recepción del futurismo, el dadaísmo y el cubismo. Por otra parte, *Cosmópolis*, que comenzó a publicarse en 1919, se ocupa de Huidobro y el creacionismo y en sus páginas se analiza la proyección del vanguardismo europeo. Guillermo de Torre estudia en esta publicación las vinculaciones del dadaísmo con el futurismo. La publicación quincenal *Grecia* se inicia en Sevilla en 1919 y al año siguiente se traslada a Madrid; a través de ésta se difunde el ultraísmo y otras tendencias vanguardistas. Con una presentación singular en relación con su formato, portada y tipografía, quizá la revista más representativa sea *Ultra*, de Madrid, que aparece en 1921; en ella

Pérez de Ayala hará más tarde (al fallecer *La Pluma*) un elogio de su función dignificadora de la literatura en el ambiente hostil de aquellos años. *La Pluma* no tuvo el aire combativo de otras revistas literarias, aunque en el número tercero se saludaba la incorporación de la nueva revista *Grecia* 'a la batalla contra las fósiles fortalezas' de las letras españolas de la época: era visiblemente una publicación de autores jóvenes o noveles, pero de muy seria vocación artística [...]

Ahora bien, ¿de qué temas se ocupa Azaña en la *La Pluma*? ¿Hacia dónde dirige su crítica? ¿Qué valores o principios defiende con mayor insistencia? ¿De qué recursos se vale para exponer sus ideas?

Gran parte de los escritos de Azaña en *La Pluma* se incluyen en secciones fijas como las tituladas *Castillo Famoso*, *Libros y Revistas*, *Fantasías* y *Objeciones*. En la sección titulada *Fantasías*, Azaña firmó con el seudónimo Cardenio un texto dramático breve y dos relatos: *Auto de las Cortes de Burgos* (publicado en agosto de 1921), *La muerte de Lepe* (enero de 1921) y *Si el alarbe tornase vencedor* (septiembre de 1921). A través de situaciones disparatadas, de la hipérbole y la caricatura, estos textos exponen una aguda crítica de algunos rasgos del carácter de los españoles, de la costumbre de exhumar cadáveres de personajes ilustres y de las intrigas y arbitrariedades de los concursos de oposiciones para nombrar catedráticos. Podemos señalar ciertas similitudes con los primeros esperpentos de Valle-Inclán, escritos por estos años (recordemos que *Luces de Bohemia* se publicó en 1920 en la revista *España* y *Los cuernos de don Friolera* en 1921 en *La Pluma*). No precisamente en la presencia de lo trágico, que se observa en los textos de Valle-Inclán y no en los de Azaña, pero sí en el tratamiento de los personajes y en la crítica de los grupos de poder (el ejército, la nobleza o el clero, que aparecen ridiculizados) y de ciertos valores tradicionales (por ejemplo, el honor calderoniano en *Los cuernos de don Friolera* y el culto de las reliquias en *Auto de las Cortes de Burgos*).

Costumbres, religión y guerra

Guillermo de Torre continúa difundiendo las manifestaciones vanguardistas y cuenta con ilustraciones de Barradas, W. Hahl y Norah Borges, vinculadas a las nuevas técnicas poéticas.

Auto de las cortes de Burgos, o triple llave al sepulcro del cid y divino zancarrón trata de la exhumación de los huesos del Cid; allí un personaje opina que “la principal riqueza de nuestro subsuelo son los miles de muertos ilustres, perdidos hoy para nuestro culto patriótico”, y afirma: “Yo no soy fetichista, pero creo que por cada reliquia reivindicada se añade un remache a la armazón de la nacionalidad” (83). Sostiene que para las celebraciones de los centenarios sean verdaderos actos de afirmación patriótica, lo importante es contar con los restos del individuo homenajeado; para eso propone crear un cuerpo de desenterradores honorarios y entrenar a una manada de hienas que ayuden en la búsqueda.

Alguien discute si un hueso hallado es del Cid o de Babieca, y el cadáver de Fernando III –o lo que queda de él– logra evadirse de su ataúd, va en busca de sus reliquias y canta al final:

Que me da empachos
dormir el sueño eterno
disperso en cachos,
y opino que el ser santo venerado
no es razón de yacer descabalado.
Y a la hispánica gente tan castiza
que a sus muertos ilustres descuartiza
y entre arrobos y besos
nos adoba los huesos
a los difuntos de esplendente gloria,
¡decidle que me cisco yo en la historia! (89).

Mientras en los diálogos de esta pieza se presentan argumentos desopilantes, las didascalias subrayan el carácter de fanticos de los personajes: “*Agitación, espasmos, palmadas*” (85) o “*Vanse todos dando alaridos*” (89); y por otra parte animizan lo inanimado: “*Un pavor sobrenatural bate sus alas por el ámbito*” (86) o “*Queda la urna boquiabierta*” (85). Entre los personajes ridiculizados, no faltan los miembros del clero: el obispo de Trajanópolis, quien sostiene que, dado el tamaño del hueso encontrado, el Cid debía de haber sido un gigante; y los canónigos y sacristanes que cantan y danzan vestidos como turcos, pero con estandartes donde se lee “Españolismo”.

No es éste el único texto donde Cardenio alude a la manía de la exhumación de cadáveres, al fetichismo de las reliquias. En “Quintana, en la infausta remoción de sus huesos”, de la sección *Objeciones*, aparecen citadas noticias de los periódicos sobre el

tema: estado de conservación de los cuerpos, alhajas u otra posesión hallada; se dice que “desenterrar a los muertos es pasión nacional”:

¿Qué secretos tienen para el español los horrores de ultratumba que no se satisface con ponderarlos a solas y ha de ir a escarbar en los cementerios a cada momento? ¿Vocación de sepultureros, realismo abyecto, necrofagia? [...] (103)⁷

Entonces se apela otra vez al humor a través de la hipérbole y el absurdo:

Nadie está libre. Quien hasta ahora no se ha dejado desenterrar, como Cervantes, incurre en falta. ¡Ah, si el esqueleto del Manco pareciese! ¡Qué embriaguez! ¡Cuántas procesiones y carrozas, qué profusión de reliquias, cómo nos revolcaríamos en la fosa abierta, poseídos de furia patriótica sepulcral! (103)

Nuevamente se alude al patriotismo en tono paródico, al vincularlo a esta circunstancia.

A Azaña le fastidia que se sostenga la existencia de una suerte de núcleo imperecedero del carácter español y que se ponga énfasis en el patriotismo, al que identifica con la adhesión fanática a una tradición católica y monárquica. En *Memorial de guerra* (1923) el escritor afirmará que el patriotismo es la verdadera religión oficial de su tiempo. No pierde oportunidad en *La Pluma* para mofarse de esto.

En *Si el alarbe tornase vencedor*, se introduce la perspectiva del extranjero para juzgar el carácter español. Desde el punto de vista de los árabes, los españoles son

⁷ Resulta una suerte de ironía que esta misma “pasión nacional” haya dado origen en 1977 a una iniciativa para repatriar los restos de Azaña, junto con los de Alfonso XII y de Niceto Alcalá-Zamora (los de estos últimos fueron trasladados a España finalmente, mientras que los de Azaña permanecen en Francia). En una columna periodística para el diario *El País* (20/11/2008), Santos Juliá cuestiona la pretensión de exhumar los cadáveres de García Lorca, de Machado y del propio Azaña. Sostiene que los sitios donde fueron enterrados constituyen lugares de memoria, que “no es vergonzoso ni denigrante para la actual democracia española que el segundo y último presidente de la República siga allí enterrado”. Sin el humor presente en los textos de Manuel Azaña que se refieren a la costumbre de exhumar a los muertos ilustres, Juliá concluye su columna con estas palabras: “Federico García Lorca en Víznar, Antonio Machado en Collioure, Manuel Azaña en Montauban constituyen, con tantos otros asesinados y desterrados, la imborrable memoria de lo que el mismo Azaña definió como cruel e inmerecido destino de la República española. Exhumar sus cadáveres para trasladarlos a cualquier otro lugar so pretexto de ‘recuperar’ nadie sabe qué equivaldría a destruir parte de esa memoria, la que nos sigue interpelando desde los lugares de sus enterramientos, la memoria que nunca nos podrá servir de consuelo ni de pretexto, porque siempre nos obligará a formular las preguntas más amargas sobre nuestro pasado”.

“ladrones y asustadizos” y tardaron “ocho siglos en recuperar lo que les quitamos en unos meses” (90). Así, el perspectivismo sirve como vehículo de una aguda crítica:

¿No dejamos huellas imborrables en la vida, en el habla, en los usos, en las artes de ese pueblo? Sus templos ¿no fueron nuestros templos? Sus palacios ¿no fueron los nuestros? ¿Y qué han hecho ellos sino estragar y corromper lo que abandonamos perfecto y entero? (90)

Frente a un personaje que alienta a iniciar la lucha, otro, más prudente, sostiene que los españoles no están tan corrompidos ni son tan débiles como se dice. Señala que ellos “están atrasados: les faltan la agudeza mental y la destreza técnica para manejar con holgura y tino los recursos de la industria moderna” (91), pero advierte que son temibles en la lucha. Propone no emprender una empresa bélica sino iniciar una acción diplomática:

Que los españoles mismos se convenzan de las ventajas de nuestra penetración y sean los primeros interesados en ayudarla. Abramos caminos, plantemos árboles [...] recordémosles la tolerancia, hagamos, en fin, más fácil, más placentera su vida... y los españoles nos acogerán con los brazos abiertos. (91)

Sin embargo, se desestima este consejo y se inicia la guerra. Entonces los insensatos españoles vuelan túneles y puentes de la península para recibir al invasor, y arrojan al mar armas y objetos de arte que pudieran caer en manos enemigas. La prensa alude a la “robusta masculinidad de la raza” (91) y España vuelve a ser baluarte de la cristiandad. Una comisión de las academias provenzales llega a la corte y uno de sus miembros expresa:

No tengo reparo en confesar [...] que la artera propaganda de vuestros enemigos, enemigos hoy del género humano, nos inculcó la idea de que erais el pueblo degradado y bárbaro, indolente, orgulloso, que a fuerza de incuria perdió la hijuela espléndida recibida de sus mayores [...] Sois un gran pueblo: país de místicos y de conquistadores, la patria de Teresa de Ávila y de Velázquez, de Cortés y de Cervantes... (93)

El texto ironiza sobre la supuesta esencia y carácter de lo español. En el mismo tono se alude al trabajo: los visitantes recorren admirados un convento gigantesco y luego una cuenca fabril donde los sorprenden las “chimeneas humeantes”, el “estrépito de las forjas”, el “chirriar de las grúas”; pero en esos sitios no se fabrican armas, sino toneladas de escapularios y una gran cantidad de medallas inservibles. Así los españoles son

derrotados y Cardenio –quien no reconoce ninguna religión más que su propio albedrío– acepta vivir entre los árabes para aprender de ellos.

El tema religioso también aparece en otro relato breve titulado *Los curas oprimidos*, donde un narrador en primera persona identificado otra vez como Cardenio refiere anécdotas sobre las pasiones mundanas de algunos clérigos. Menciona a uno que ayudaba a un candidato a cosechar votos; a otro que celebraba la misa e impartía los sacramentos con celeridad para dedicarse de lleno a su pasión: la pesca; a algunos más, apasionados por la música de la taberna o por la lotería. Hace alusión a Stendhal y a Valera (pero no a Pérez Galdós ni a Leopoldo Alas) y manifiesta su disgusto por las novelas sobre amores sacrílegos:

Pero la simple entrada del cura en la novela me infunde desconfianza; y si el autor describe principalmente el erotismo del clérigo, su enredo con tal señora o damisela más o menos almibarada y redicha, me invaden sentimientos ingratos: asco y despecho, templados por la presunción de que allí va a pasar algo muy ridículo. Menester es que el público español lector de novelas se haya pasado de gazmoño, y los autores de tímidos, para que un día pudiesen, los unos, hacer el descubrimiento de las pasiones carnales del cura, y el otro recibir por tema peliagudo la descripción de esas fatigas. (117)

Cardenio sostiene que en estos relatos el novelista suele poner sus propios terrores, el espanto del sacrilegio, en la conciencia del sacerdote enamorado; él en cambio considera que las zozobras del personaje no se deben a su estado eclesiástico sino a la condición de primerizo, de hombre sin experiencias con el otro sexo, en la que suele presentárselo. Y luego cuenta una anécdota más para justificar su “clerofobia”: en una oportunidad presencié en el teatro un concierto donde el director y los ejecutores eran eclesiásticos: “Gustamos unos trozos de misa y unas cantatas en el modo altisonante, vulgar, que corresponde a sentimientos triviales hinchados [...] Zafiedad, palabrería, ignorante engreimiento, chabacano gusto: eso vi en tantas almas de pazguato” (118). Los personajes se presentan como fantoches; el narrador afirma que el director hacía “ridículas contorsiones”, se retorció “como un poseído”: “La sotana bailábale en los hombros, subía, bajaba, dejando al descubierto los pantalones y los zapatos, volaba de una a otra parte según el meneo de los brazos” (118).

Finalmente Cardenio aconseja al clero no quejarse del reparto desigual de los bienes de la Iglesia, porque en todo caso no conoce lo que es pasar verdaderas

necesidades: “Que un gremio tan potente gima, teniéndose por desheredado en este siglo, no pasa de ser un melindre gracioso: ignora lo que son los apuros [...]” (119).

En la misma línea que involucra el papel del clero, el relato *A las puertas del otro mundo* tiene como protagonista a Benedicto, un profesor prestigioso que está gravemente enfermo. Como se declara no creyente, un sacerdote amigo suyo intenta que se convierta a la fe, pero Benedicto no reconoce a Dios, sino que sostiene “la moral del bien ajeno, la sumisión a lo que pide el grupo en que uno está enclavado: familia, ciudad, nación; el sacrificio, la anulación de los apetitos e instintos personales ante la regla del bien colectivo” (9). En la valoración que hace Benedicto de la condición humana, de los actos que amplían la inteligencia y la voluntad y de la moral laica, creemos ver reflejada la posición del propio Azaña.⁸

El relato subraya ciertas virtudes de este profesor: disciplina, independencia, lealtad sin ingenuidad, modestia, discreción, austeridad. Pero Benedicto se encuentra “abroquelado en su indiferencia por las cosas ajenas a su vocación”; es un intelectual que no se involucra en la política aunque muchos ven en su silencio una suerte de actitud comprometida.

Con el sacerdote de la Academia, Benedicto habla de su enfermedad, de su muerte inminente y expresa: “... yo no desprecio la vida ni estoy impasible ante la muerte [...] no tengo dolor, ni rebeldía, ni conformidad; tengo tristeza [...] Mi conciencia de nada me acusa” (8-9). El otro piensa que no puede haber una moral del sacrificio sin Dios, pero el profesor sostiene: “Somos la conciencia del Universo. Frente a mí, la Humanidad es eterna. Mis actos valen si concurren a aumentar esa vida de la especie y amplían la inteligencia y la libertad” (9).

El sacerdote no alcanza su objetivo de convertir a la fe al académico y el texto subraya el valor de la libertad para determinar las creencias personales y la importancia

⁸ En “Aspectos de la crisis”, publicado en la revista *España* el 7 de abril de 1923, Azaña insistirá en la necesidad de reformar la Constitución e instaurar la libertad de cultos. Ante quienes afirman que no existe un “problema religioso”, él pregunta: “¿Y los demás españoles, disidentes o no, que también por móviles de conciencia quieren ver libre a la sociedad civil española de la soberanía eclesiástica?” Critica a los “liberales sesudos” que pretenden que sean los prelados quienes pidan la separación de la Iglesia y el Estado. (165) Resulta claro que para Azaña la cuestión religiosa es un problema que atañe a la conciencia personal; pero es además un tema político, ya que existe una fuerte relación entre la Iglesia y el Estado. De ambos aspectos de la cuestión se ocupa en sus escritos.

de respetar esta autodeterminación, lo cual es una de las bases del liberalismo decimonónico.⁹

Otro profesor ilustre es quien protagoniza el relato *La muerte de Lepe, o eruditos al cielo y el garrote más bien dado*. Alguien que participa de un concurso de oposiciones busca el apoyo de Lepe, “el cerebro de más circunvoluciones de España”, por quien se dan vivas a “la raza”. La exageración y el humor que caracterizan a los otros textos pertenecientes a la sección de *Fantasías* también están presentes en éste, donde el aspirante a catedrático se desvive por conseguir su objetivo:

Trabajó. Se movió hasta echar el bofe. No sentía la lluvia. Se cayó en las zanjas, de cegato que era ¡y tan distraído! Y cada vez que le llevaron a la Casa de Socorro le dieron friegas y coñac para reanimarle, pero no ropa nueva, ni le quitaron el barro de las botas. Entraba hasta el despacho con el paraguas chorreando, y en el aire caldeado todo él empezaba a vahar como puchero a la lumbre. [...] Sacaba fuerzas contra el miedo, y quería persuadir a todos de sus méritos. (51)

A pesar de sus afanes, resulta elegido otro porque es hijo de una viuda pobre; es decir que los méritos no cuentan. Entonces se producen disturbios: los estudiantes apedrean los tranvías, interrumpen la circulación en las calles, interviene la policía. Para dar solución a esta cuestión y que triunfe la justicia, se decide producir otra vacante dando garrotes al insigne Lepe, quien está de acuerdo en aceptar el “martirio” por un motivo tan pueril como éste.

Vemos que en estos dos textos mencionados, se toman con sorna algunas situaciones en las que puede estar involucrada la figura del intelectual: los concursos de oposiciones, con los conflictos originados por la ambición, la arbitrariedad o la envidia; la relación del intelectual con su entorno inmediato; la pretensión de tener independencia para determinar las creencias personales y la actitud de la Iglesia que no concibe una moral si ésta no se funda en la fe y que intenta lograr que las figuras públicas y prestigiosas adhieran a ella.

⁹ Estos mismos principios impulsan a Azaña en su defensa de la educación laica, la propuesta de una formación basada en los principios de una moral natural y no regida por lineamientos religiosos. Ferrer Solà observa al respecto: “Cuando, ya en la República, es debatido el polémico artículo 26 de la Constitución, nadie ignora que lo que palpita en el fondo del asunto no es la disolución o expulsión de las órdenes religiosas, sino su posible influjo negativo en la formación de la juventud. Se trata, así, de un debate sobre la preeminencia de la escuela laica; es una batalla por la lógica racionalista aplicada a la educación del hombre” (1991:206).

Por otro lado, varios artículos de *La Pluma* versan sobre el tema de la guerra. Azaña se opone firmemente a ésta y al régimen de cuartel “fértil en situaciones disparatadas” al elogiar el libro satírico de Jean Galtier Boissière, *Loin de la rifflette*. Antes había dicho que la guerra incuba xenofobia y patriotería (*Castillo Famoso*: 15). Su posición antibelicista se manifiesta, también, en un artículo contra la guerra en Marruecos, “más larga ya que ninguna campaña de la Reconquista, más sangrienta que cualquier gran victoria cristiana de aquella edad y que muchas juntas” (“Almanzor”: 109-110). En su opinión, en esta contienda de la que nada se aprendió, que desgasta a la nación y “descubre la condición inacabable de nuestra epopeya cristiano-bélica” (“Almanzor”: 110), son los humildes quienes deben costear las armas y ofrecer sus brazos para el sometimiento de los moros. Luego, en la revista *España*, Azaña volverá a atacar la empresa colonial en Marruecos y discutirá el problema militar en su país, el papel del ejército como sostén de la institución real y la excesiva presencia de éste en la vida pública. En la crítica a la autoexculpación del general Berenguer (diez artículos reunidos bajo el título “Memorial de guerra. Glosas al libro del general Berenguer” publicados entre julio y septiembre de 1923, y uno más, inédito), hará hincapié en lo absurdo del colonialismo y a la defensa de la solución pacífica para este tipo de conflictos.

Un paseante en Madrid

Entre junio de 1920 y noviembre de 1922, Azaña publicó en *La Pluma* ocho artículos sobre la ciudad de Madrid, con el título *Castillo Famoso* y firmados con el seudónimo “El Paseante en Corte”.¹⁰ En una gacetilla de julio de 1920, se refirió a estos textos como parte de una campaña de urbanismo madrileño.

En *Castillo Famoso* se construye, a la manera de los relatos costumbristas del siglo XIX, un narrador-personaje observador atento de los espacios públicos y de los individuos que por ellos circulan, al que se le agrega como característica una especie de omnisciencia: “¡A cuántos millares de personas que ni sospechan mi existencia pudiera yo contarles episodios secretos de la suya y demostrarles que nada hay oculto para la mirada del que callejea!” (15).

¹⁰ El título recuerda el poema “Fiesta de toros en Madrid”, de Nicolás Fernández de Moratín, donde se alude a los orígenes de la ciudad a partir de un asentamiento árabe, y que comienza con estos versos: Madrid, castillo famoso / que al rey moro alivia el miedo, / arde en fiestas en su coso, / por ser el natal dichoso / de Alimenón de Toledo.

Este individuo no está a gusto en las reuniones y espectáculos públicos; se declara enemigo del teatro, pues como se “escriben comedias para los analfabetos, asistir a un teatro es acción vergonzosa de las que se abstienen las personas pulcras” (14), así como de las tertulias “donde la amistad es rara y la camaradería irrespetuosa” (14-15). Explica que no es melómano, ni taurófilo, “ni soy casinista, peñista o ateneísta” (15), pues ha alcanzado la moderación con la madurez: “[...] hace muchos años que por higiene corporal y mental me abstengo de aquellas frecuentaciones a las que mi lozana juventud debió las más violentas efusiones sensuales, entreveradas de sentimentalismo exasperado” (15). Ahora prefiere, en cambio, leer, dormir y pasear solo por las calles de la ciudad y sus alrededores; asegura que esto le ha permitido conocer las costumbres y la historia, tener “una rara erudición en personas y cosas madrileñas” (15).

Tal como se evidencia en los artículos de costumbres de Mesonero Romanos referidos al Madrid de otra época, esta suerte de existencia callejera del observador curioso le ha permitido ser testigo de los cambios edilicios y de la fisonomía urbana en general a lo largo de los años. Pero el Paseante no es benévolo ni opta por un tono festivo como lo hacía el Curioso Parlante de Mesonero;¹¹ así, manifiesta abiertamente su disgusto ante el rumbo tomado por la arquitectura urbana: “Tantos pináculos, columnillas y voladizos, tantas líneas rotas, tantos insultos a las leyes de la proporción [...] mantienen el ánimo en susto perpetuo [...]. Madrid, en vías de transformarse, es la capital del abandono, de la improvisación, de la incongruencia” (15). El tono y el objeto de su crítica nos recuerdan los de Mariano José de Larra en “Las casas nuevas”.¹²

En algunos otros pasajes de *Castillo Famoso* también hallamos similitudes con los artículos de Larra, como cuando se presenta a Madrid como un sitio de apariencias: “Es el Limbo de los vanidosos: todo se logra en Madrid, a condición de ser fingido; todo el mundo es lo que quiere, si lo representa bien...” (30), o cuando se personifica a la ciudad

¹¹ Lejos de ese tono festivo, el estilo de los artículos se acerca más bien al de Mariano José de Larra. Algunos críticos han comparado, por ejemplo, la ironía en Larra y en Azaña; Jesús Ferrer Solà (1991: 50) menciona el uso de la “ironía de infinitivo” en ambos autores y José Montero (1979: 104) cita a Álvaro de Albornoz, quien asocia la ironía amarga en Azaña con Larra y Quevedo.

¹² El artículo fue publicado en *La Revista Española*, n° 94, del 13 de septiembre de 1833, en la sección de “Costumbres” (Larra, 1989: 383-390). Allí se critica la improvisación de las viviendas “que surgen de la noche a la mañana por todas las calles de Madrid; esas que tienen más balcones que ladrillos y más pisos que balcones”, con escaleras estrechas, una distribución inadecuada de los ambientes, vidrios desiguales, pequeños y de baja calidad, pesadas maderas para cerrar los balcones y braseros peligrosos en lugar de las chimeneas que se ven en otros sitios de Europa.

cuyo cuerpo aumenta con todo lo que viene de otras partes y allí se aglomera ya que “toma lo que le dan; engulle, pero no asimila ni depura” (25).¹³

También se personifica a la urbe cuando se dice que es un “hidalgo perezoso” que no ha visto nunca el campo; el Retiro es el único “campo” que los madrileños han sabido disfrutar.

El Paseante observa con atención y crítica con agudeza, valiéndose para exponer su punto de vista de recursos diversos como la ironía, la sátira social y la caricatura. Caracteriza a Madrid como un sitio incómodo, desapacible, chabacano, ruidoso, con calles angostas, con empedrados que provocan tropiezos y dolores de pies, “un poblachón mal construido, en el que se esboza una gran capital” (14). Atribuye la condición irritable de los madrileños, su mal humor, no a un supuesto “defecto de la raza”, sino al empedrado de las calles: “Andar veinte metros fuera de casa cuesta veinte tropezones y veinte mil reniegos y juramentos que poco a poco le agrían a uno el humor” (15). Utiliza comparaciones zoológicas para referirse a los habitantes de la ciudad al afirmar que más “de un millón de cuerpos sudorosos se debate en la angostura de estas calles, grita y se atropella, como infelices bestezuelas que se hubiesen dejado coger en una jaula sin salida” (14) o al señalar que la urbe no existe en verano, y que los madrileños “emigran o revientan como chicharras el día mismo de Santiago” (20). Así, observamos que no se desdeña la hipérbole, lo que también es evidente en el siguiente pasaje:

En Madrid lo único es el sol. La luz implacable descubre toda lacra y miseria, y se abate sobre las cosas con tal furia, que las incendia, las funde, las aniquila.

¹³ Larra había caracterizado a la ciudad de manera similar en “El mundo todo es máscaras. Todo el año es carnaval (*El Pobrecito Hablador*, 2-03-1833) y en “La Nochebuena de 1836” (*El Redactor General*, 26-12-1836). En el primer artículo leemos: “Ya lo ves; en todas partes hay máscaras todo el año; aquel mismo amigo que te quiere hacer creer que lo es, la esposa que dice que te ama, la querida que te repite que te adora ¿no te están embromando toda la vida?” (Larra, 1989:304); y en el segundo: “Todos aquellos víveres han sido aquí traídos de distintas provincias para la colación cristiana de una capital. En una cena de ayuno se come una ciudad a las demás” (Larra, 1989: 1024). Comparar con mayor profundidad textos de ambos escritores sería tema de otro trabajo; sólo agregaremos que en artículos de ambos se hace presente la preocupación por la pena de muerte. Por ejemplo, Larra se refiere en “Un reo de muerte” (*Revista-Mensajero*, 30-03-1835) a la ejecución del convicto como un espectáculo con el que la sociedad pretende remediar un mal con dos, mientras que Azaña afirma en “Uno muere por todos” (*España*, 22-03-1924) que la pena de muerte no sólo es injusta por privar al hombre del derecho a la vida, sino porque el reo es sacrificado para expurgar a la sociedad de sus errores y tranquilizar las conciencias. Hallamos otro artículo de Azaña, “El jovencito ahorcado en el colegio” (*España*, 29-07-1922), donde se observa que la posición social influye de manera determinante en las penas dadas por los delitos; de esto mismo se había ocupado Larra en su artículo “Los barateros, o el desafío y la pena de muerte” (*El Español*, 19-04-1836).

[...] en Madrid no hay nada que hacer, ni adónde ir, ni (para un madrileño) nada que ver, porque no es cosa de llegarse todos los días al Museo a preguntar si han cambiado de sitio *Las Meninas*. (14)

Con una mirada más benévola de la ciudad, el narrador afirma que el otoño “devuelve a la villa su equilibrio, y a nuestro ánimo el reposo. En otoño, los madrileños están de mejor humor, su semblante parece menos hostil, menos agresivo su mirar” (20).

Resulta paradójico que en la “vieja ciudad prócer” nunca haya pasado nada

... porque hace más de dos siglos que en España no ocurre casi nada, y lo poco que ha ocurrido ha sido en otros sitios. Toda la historia de Madrid son unos besamanos y unas intrigas de cámara y alcobas regias. Con las *Memorias* de Mesonero, la *Estafeta de Palacio* y la colección de *Crímenes célebres*, se conocen todas las fuentes de emoción de los madrileños durante siglo y medio. Entre Madrid y una ciudad histórica, hay la misma diferencia de calidad que entre *Piazza* de San Marcos y la calle Ancha de San Bernardo. (14)

Para el Paseante, Madrid es una capital frustrada, una villa que sólo ha sido una corte: “La función propia de la capital consiste en elaborar una cultura radiante. Madrid no lo hace” (17). Azaña no pierde la oportunidad de exponer sucintamente su visión del colonialismo y del papel de los distintos estamentos sociales en el curso de la historia:

Iba a ser emporio de dos mundos y quedó reducido a sede de una dinastía de locos, albergue de millares de frailes, donde pululaban unos burgueses famélicos a quienes se permitía vivir en casuchas inmundas emparedadas entre los conventos y los palacios de la grandeza. El pueblo siempre ha estado ausente de la historia de Madrid, salvo para gritar de hambre, y salvo también aquel día, madrileño como ninguno, en que se sublevó al saber que le raptaban un infante que por casualidad era imbécil”. (17)

Uno de los artículos de la sección *Castillo Famoso* se ocupa de la mendicidad; la ciudad es un “asilo suelto”, donde los pordioseros se reparten las calles: “Son tantos y enseñan tales miserias, que algunos días Madrid parece una ciudad atacada de la peste” (19). La urbe protege y retiene a los mendigos “que acosan, o gimen, o cantan, o blasfeman, o insultan, o profieren amarguísimas sentencias sobre el valor de la vida y de los bienes de este mundo” (17). Ellos prefieren la libertad sin límites al alimento en el asilo, y su omnipresencia presta a la vida ciudadana un tono patético que de otra forma no tendría:

El hecho trivial de rehusar un periódico se complica con emociones penosas cuando una voz lastimera nos dice que es “para ayuda de un panecillo”, “para dar de comer a estos niños” [...] no falta ninguna noche esa pareja de ciegos que con voces cavernosas canta “¡Shiquiya, shiquiya...! ¡Shiquiya delarmamiáa!” (19)

El Paseante cree que la opinión pública apoya a los pordioseros por dos motivos: la admiración inconfesada de quienes no se atreven a mendigar por orgullo pero quisieran sentir la libertad de hacerlo, y los motivos religiosos: “Los pobres son de Dios [...] la vista de un pobre remueve no se sabe qué confusos remordimientos y pavor, reliquia de emociones fenecidas (18).

En este artículo como en otros, son frecuentes las alusiones bíblicas o las referencias a la tradición cristiana, lo que da cuenta de la formación recibida por el escritor:

Madrid, sin ser todavía el reino de Dios, es ya el Edén de los mendigos. (17)

Si el Hijo del Hombre no tuvo dónde reposar la cabeza, el hijo de Madrid no tiene dónde posar los pies sin que le duelan. (15)

Pero si yo pudiese derribar Madrid [...] y, cediendo al insinuante Tentador, me comprometiese a reedificarlo en tres días, no iba a formarlo a imagen y semejanza de un concejal. (16)

[...] reliquias de espíritu franciscano me incitan a considerar los cuadrúpedos como hermanos menores y los saludo [...] (23)

No faltan tampoco las alusiones literarias. En el último artículo publicado en esta sección, Azaña alude a Cervantes y a Quevedo para referirse a la personalidad del madrileño. Éste es un toledano, un manchego como Don Quijote: imaginativo, versátil, propenso a la tristeza, a esperar lo imposible, desconfiado. De Quevedo afirma que fue un madrileño gigantesco,

no fue lo que se llama un hombre comedido, abstigente, parco. ¿Qué tal le pareció su vida en el ocaso? Un chasco pesadísimo; y su ingenio debió de antojársele un enemigo malo, que le prestó tan descaminadas querencias como los libros de caballerías a Don Quijote. (31)

Se transcriben en el artículo unos versos de “El escarmiento”, de Quevedo, referidos al desengaño de las vanidades del mundo.

En otro texto de la sección, el tranvía aparece como metáfora de la vida madrileña; es espejo de sus costumbres por su lentitud y desbarajuste, por ir de atasco en atasco,

porque en él se transmiten enfermedades y es un depósito de olores desagradables. Parodiando en la paráfrasis de Unamuno a la generación del 98, el enunciador afirma: “Me duelen nuestros tranvías” (22). En el mismo tono humorístico, explica que dos sucesos inauguraron un nuevo período histórico, la pérdida de las últimas colonias que sufrió España y la pérdida de las mulas por parte del tranvía: “Error fue el de amputarle las mulas al tranvía, propio del aturdimiento en que nos sumió el desastre. [...] El tranvía eléctrico estará muy bien en el extranjero, pero lo que es aquí ha sido un fracaso; la prueba es que no anda” (23). El Paseante desprecia a quienes viajan en tranvía –los impertinentes, los que hablan demasiado y a los gritos, los galanteadores furtivos, los de escasa educación– y prefiere trasladarse a pie.

Otra figura tratada de manera despectiva es el concejal, tipo social que aparece caricaturizado en uno de los artículos a través de una anécdota presentada como un recuerdo del narrador:

Años atrás, hablaba yo con un edil no del todo mal intencionado. Le conocí de vista mucho tiempo antes de su advenimiento a la concejalía: corpacho musculoso, poca alzada, bigotes foscos y mofletes colorados. [...] Acompañábale un camarada [...] Avanzaban con andar solemne, echando a compás los remos protegidos por gruesos zapatones y departían en un castellano cazcarrioso, difícil de reconocer bajo aquella prosodia de la periferia. Pasado algún tiempo, le vi una noche en el palco municipal del Español: más gordo, con piedras preciosas en los dedos, raya hasta el cogote y mostachos corniveletos, mal domados por las tenacillas. Era cacique electorero [...] (16)

En “Caciquismo y democracia”, publicado en la revista *España* el 13 de octubre de 1923, Azaña también alude al cacicazgo y afirma que éste es un régimen primitivo, un poder anterior a cualquier organización política que continúa corrompiendo las elecciones: “El cacique sirve con los votos, porque el sufragio es la máquina del poder legal; y acapara votos, subyuga al elector, porque el voto libre es su enemigo, la amenaza más terrible para su dominio” (269). Se apoya principalmente en dos bases: la económica y la profesional. El cacique otorga o niega los jornales, arrienda las tierras, concede préstamos y así mantiene el clientelismo. Azaña observa que muchos caciques rurales son médicos, que convierten la influencia personal que ejercen en predominio político.

Pero en *Castillo Famoso*, el individuo mencionado en la anécdota se destacaba por su ignorancia: su acento de los suburbios a pesar de considerarse “madrileñísimo”, su

insistencia por desenterrar el cuerpo de Goya y llevarlo a otro sitio, su aprecio por las verbenas, el mote de “intelectual” que aplicó despectivamente a su interlocutor: “En cuanto me aventuré a decirle que las verbenas son fiestas horribles, tan faltas de amenidad como sobradas de aceite frito, se enfadó y me echó el fallo, llamándome ‘intelectual’” (16). El Paseante piensa que podría rehacerse la ciudad “poniendo en el cerebro de sus cachicanes lo que otros han pensado” (16); pero hay demasiados y Madrid no es capaz “de digerir el aluvión de seres ‘primarios’ que de todos los ámbitos de la Península viene sobre él y le pasa por encima” (17).

Así, delineando la personalidad de esta figura política, Azaña subraya por contraste las virtudes esperables en quien merezca ejercer la función pública: honestidad, inteligencia y sentido común. Pero desconfía que Madrid pueda liberarse de estos seres indeseables que retrata.

A pesar del tono peyorativo que predomina en las descripciones y reflexiones del paseante observador, éste parece reconciliarse con la urbe en algún pasaje: “Pensarán que soy madrileño apóstata. No tal. Madrid, con su dejadez, su desconcierto, es mi rutina; no podría abandonarlo, equivale a mi modo de ser. Ponerle cara de pocos amigos es simple juego, sin moraleja” (32). En 1930 volverá al mismo tema a través del ensayo “Madrid”, publicado en el libro *Plumas y palabras*.

Escritores y literatura

Son numerosos en la revista *La Pluma* los artículos de crítica literaria, donde Azaña comenta libros de escritores de renombre y otros menos conocidos, españoles y extranjeros. Presenta algunas novelas pero, sobre todo, ensayos en torno a temas económicos, culturales, históricos, filosóficos, vinculados a Europa, América, Rusia (escritos por Maynard Keynes, Manuel Ugarte, Jorge Borrow, Ramón Pérez de Ayala, Luis Araquistáin, Manuel Conrotte, Louis Léon-Martin, etc.). A través de sus opiniones y en relación con estos textos, el crítico expone su posición personal ante temas diversos. Por ejemplo, reconoce el valor de la tolerancia al referirse a las experiencias del protestante Jorge Borrow en sus viajes a la península reflejados en el relato *La Biblia en España*:

Aunque movido por un fanatismo antipático, a favor de Borrow hablan su osadía personal, la consideración de que [...] pugnaba por un mínimo de hospitalidad y de libertad, sin las que los hombres en sociedad son como fieras, y eso está siempre bien, hágase como se haga. El libro de Borrow es

un precioso documento para la historia de la tolerancia, no en las leyes, sino en el espíritu de los españoles. (44)

El artículo hace hincapié además en algunas ideas que ya fueron mencionadas a propósito de otros textos publicados en *La Pluma*: en el terreno religioso, la crítica del fanatismo y el valor de la libertad para determinar las propias creencias.

Por otra parte, el tema de la justicia en relación a las consecuencias de la guerra es central en el comentario de un libro de Maynard Keynes, *The economic consequences of the peace*. Allí Azaña adhiere a la idea de que las condiciones de paz impuestas a Alemania en Versalles tienden a destruir su sistema económico, lo que supone una violación de la moral internacional comparable a la que cometió Alemania con su política invasora. Coincide con Keynes en que aquéllas arruinan el comercio exterior, las explotaciones mineras, los transportes y el régimen aduanero alemán. En palabras del comentarista, se trata de una “paz púnica” que estrangula a los vencidos:

Pero después de arruinar a Alemania, el Tratado le impone una cuenta de reparaciones que podrá llegar a doscientos mil millones. Mr. Keynes, con estadísticas copiosas, prueba que no se ha dejado a Alemania recursos para pagar, y acaso ni para vivir. (35)

Es clara la valoración, en las referencias a Keynes, de la documentación de su trabajo y del análisis minucioso, cuya falta se hará notar en otros libros reseñados.

Cuando Azaña hace alusión a *El porvenir de la América española*, de Manuel Ugarte, coincide con la visión de éste acerca de la herencia española en América.

En la composición del libro, como en toda la propaganda que ha hecho en América y en Europa, el señor Ugarte se inspira en un patriotismo continental y de raza, superior a las divisiones arbitrarias del territorio americano en Estados independientes. (46)

Azaña destaca el valor de la unidad de raza y de idioma que existe en Hispanoamérica, y dice que desde la frontera septentrional mejicana hasta el cabo de Hornos debe formarse un bloque único “para oponerse, moral y materialmente al bloque sajón del Norte” (46). Para él, es acertado que Ugarte dé la voz de alarma a los hispanoamericanos “excitándolos a defenderse contra la ascendente marea anglosajona” (46). Aun así, reconoce que los defectos y errores de América, su debilidad ante el “peligro yanqui”, son similares a los que tienen postrada a España.

En relación con *El peligro yanqui*, de Luis Araquistáin, coincide en asociar éste al enorme poder de los Estados Unidos y a su “persuasión de hallarse investidos de una

misión superior conducente al mejoramiento del mundo bajo la supremacía norteamericana” (78).

Bajo el título *Objeciones* se reúnen algunas críticas puntuales, como la de los premios literarios por su inutilidad y porque solo reflejan el mal gusto de una gran parte del público, mecenas moderno que solo exige novedad. O se alude a la visita de Valle-Inclán a México. Ante el silencio de la prensa de Madrid y el rechazo de la colonia española hacia el escritor, Azaña afirma: “Nadie puede hablar por España con más derecho que los intelectuales puros. Valle-Inclán y los demás españoles de su categoría son los verdaderos príncipes de España” (98). En el número de la revista dedicado a este escritor, lo retrata diferenciando la figura pública -el personaje fabuloso, legendario- del individuo que Azaña conoce.

Valle-Inclán es para Azaña un hombre explosivo, colérico, pero también piadoso y recoleto; él encarna diversos personajes: “Alguna vez, yendo a encontrarme con Valle-Inclán, me he preguntado a cuál hallaría, de los varios que existen” (134). Describe su aspecto físico y se refiere a su curioso ascetismo:

En cuerpo, sin la envoltura prestigiosa de la capa, tan flaco, tan escueto como parece por la manquedad, se deja ver el poeta ascético, macerado por tantos rigores, y por las privaciones voluntarias. Valle-Inclán es el mayor enemigo de sus carnes. No duerme, pudiendo dormir; no come, teniendo qué. Diríase que el sufrimiento le exalta. (134)

A pesar de esto, en la mesa del café o en el casino, Valle-Inclán se presenta como un personaje de ficción, parecido a un guerrero o a un nigromante. Transforma la conversación en género literario, donde se luce con sus agudas observaciones y su memoria, donde se muestra inmisericorde e intransigente. Desprecia la jerarquía social y legal porque está corrompida; es un hombre con ley propia. Azaña opina que probablemente el vulgo lo recuerde como un individuo agrio, terrible. En cambio él tiene presente al hombre “huidizo y modesto, al cultivador galaico que vive secretamente aherrojado por el personaje fabuloso de Valle-Inclán” (136).

Otro escritor a quien dedica elogios es Pérez de Ayala. Pondera la estructura clásica de sus textos al servicio de una cultura y sensibilidad modernas y, de paso, expone aquello que desprecia en los escritores:

Es todo lo contrario del alarido, de la arbitrariedad, de las piruetas, del descoco, en suma, de la barbarie. Me parece que una cosa es renovar el idioma, y otra escribir mal, a secas; y está uno harto de ver que, no sólo

jóvenes principiantes, sino gente madura, y hasta viejos maestros, rivalizan en humillar al castellano a la baja de los medios de expresión de una mente cerril, encubriendo con pretendidas ansias de remozamiento lo que no es sino brutalidad natural o dominio insuficiente del habla. (56)

A través del comentario de libros y otros artículos donde alude a la figura de algunos escritores y a sus obras, podemos observar que Azaña valora el trabajo riguroso con fuentes originales en el relato histórico (Manuel Conrotte, *La intervención de España en la independencia de los Estados Unidos de América del Norte*), la riqueza verbal nada común (en Pérez de Ayala); concede importancia a la capacidad de bosquejar tipos y caracteres, y de pintar escenas de costumbres (Jorge Borrow y *La Biblia en España*). Por otro lado, critica algunos descuidos en una traducción del inglés al español (Sergio Yulyevich Witte, *Memorias*. Versión castellana de M. Domenge), la superficialidad y la falta de rigor conceptual y de crítica sagaz (del *Idearium español* de Ganivet¹⁴); se preocupa por la moral de un libro (Romain Rolland, *Clerambault, Histoire d'une conscience libre pendant la guerre*), por la "lección" que propone en torno a la fraternidad de los pueblos.

Para concluir, podemos decir que el decenio de 1920 fue, sin duda, de mayor actividad literaria y política en Azaña que los anteriores. Y si bien la revista de la que nos hemos ocupado puede ser incluida dentro del grupo de las publicaciones culturales o literarias de una época en las que éstas abundaron, los escritos de Azaña en ella van más allá: en ellos se ocupa también de política, religión, industria editorial, urbanismo, economía, etc. y se encarga de poner en claro dónde está parado en relación con estos temas. Por todo esto, como señala Juan Marichal (1972), "no puede considerarse la fase de *La Pluma* como un paréntesis puramente literario en la biografía de Azaña".

¹⁴ De Ganivet rechaza también la arbitrariedad en el tratamiento de algunos temas y el apego excesivo a la tradición. Para Azaña, el país no puede evolucionar manteniendo unas formas sociales y políticas que resultan arcaicas.

Bibliografía

- Azaña, Manuel: *Obras completas* (Ed. de Santos Juliá). Madrid, Santillana, 2008.
- Ferrer Solà, Jesús: *Manuel Azaña: una pasión intelectual*. Barcelona, Anthropos, 1991.
- Granjel, Luis S.: "La Pluma", revista literaria". En *Ínsula XXI*, 1966, Núm. 233, 13.
- Larra, Mariano José: *Artículos* (Ed. de A. Pérez Vidal). Barcelona, Ediciones B, 1989.
- Marichal, Juan: *La vocación de Manuel Azaña*. Madrid, Alianza Editorial, 1972.
- Montero, José: *El drama de la verdad en Manuel Azaña*. Sevilla, Universidad de Sevilla, 1979.
- Sabugo Abril, Amancio: "Manuel Azaña y *La Pluma*". En *Cuadernos hispanoamericanos*, 1991, 492, 65-72.
- Santos Juliá (ed.): *Manuel Azaña. Obras completas*, vol. II, Madrid, Taurus, 2008.
- : "Lugares de la memoria histórica". En *El País*, Madrid, 30 de noviembre de 2008, disponible en http://elpais.com/diario/2008/11/30/domingo/1228019432_850215.html
- Valcárcel, Eva (1999): "La vanguardia en las revistas literarias. La función receptora de las revistas ultraístas españolas". *Alpha. Revista de Arte, Letras y Filosofía* 15:115-125.

Publicado en M. C. Porrúa y R. Illescas (eds.), *La escritura íntima de Manuel Azaña*. Buenos Aires, EUDEBA, 2013, pp. 41-71, ISBN: 978-950-23-2102-8.